

Capítulo 7

¿Revolución en las pampas? Diplomacia y malones entre los indígenas de pampa y patagonia

Silvia Ratto¹

El 25 de mayo de 1811 en el imponente marco de las ruinas de Tiahuanaco, el enviado de la junta revolucionaria, Juan José Castelli, declaraba que “los indios son y deben ser reputados con igual opción que los demás habitantes nacionales a todos los cargos, empleos destinos, honores y distinciones por la igualdad de derechos de ciudadano”, y ordenaba la adopción de medidas que terminaran con los abusos a los que eran sometidos, entre los que se destacaba el pago de tributo a la Corona (Castelli, 1992). Acciones similares fueron propuestas por los gobiernos patriotas en distintos espacios del ex territorio español. En septiembre de 1811 la Junta Provincial Gubernativa de Salta decretó la abolición del tributo “invitando a los indígenas a sumarse a los ejércitos” (Gil Montero, 2002). Dos años después, la Asamblea Constituyente decretó la supresión de la mita, la encomienda, el yanaconazgo y el servicio personal y estableció que los indios eran libres e iguales en derechos a los demás ciudadanos. En Chile, una declaración del Senado del año 1819 incorporó a los indígenas “de encomienda” a la nación al convertirlos en ciudadanos, y cuatro años más tarde fueron incluidos dentro de sus alcances los indios de frontera (Pinto Rodríguez, 2000). Para la misma fecha, una proclama del Director Supremo Rondeau leída a los caciques ranqueles en el marco de un parlamento, los nombraba como “compatriotas y amigos [que] componeis una bella porción del todo nacional” (Ratto, 2003a).

¹ CONICET/UNQ/UBA.

Pero ni los objetivos ni los efectos de esta pragmática política filoindigenista² fueron iguales en todo el territorio del ex Virreinato del Río de la Plata. En el Alto Perú y en el noroeste del actual territorio argentino, la eliminación del tributo indígena tenía el claro propósito de lograr la adhesión de una importante masa de población que se esperaba incorporar a los ejércitos revolucionarios. Pero ¿cuál habrá sido el impacto de estos cursos igualitarios en los grupos indígenas soberanos cuya relación con los gobiernos hispanocriollos se limitaba a algunas esferas de contacto como el intercambio y la ayuda militar mutua? El propósito de este trabajo es precisamente indagar sobre la repercusión que produjo el proceso revolucionario desarrollado en el Virreinato del Río de la Plata y en el reino de Chile sobre las poblaciones indígenas autónomas que habitaban el espacio pampeano patagónico, existente entre ambas jurisdicciones. Para entenderlo es necesario conocer previamente la estructura diplomática organizada a fines del período colonial entre los gobiernos locales y las distintas agrupaciones indígenas que habitaban el territorio. Desde ese punto de partida veremos que el impacto del proceso revolucionario fue diverso y no se vinculó de manera directa y necesaria con los proyectos políticos de los grupos patriotas. Al menos, no fue así en todo el territorio indígena. Si bien es cierto que la caída del gobierno virreinal arrastró consigo las relaciones diplomáticas interétnicas, la reacción de los jefes indígenas y sus estrategias posteriores no pueden entenderse si no hacemos un relato de la situación previa. Por otro lado, y en relación con el último punto, es necesario incorporar al análisis un elemento adicional que hace a las prácticas diplomáticas de los grupos indígenas. Nos encontramos en presencia de sociedades basadas en una tradición oral y ágrafa en donde valía mucho más la palabra empeñada que un papel escrito en un idioma desconocido. De ahí que el éxito o el fracaso de las misiones diplomáticas dependieran fuertemente de la existencia de interlocutores válidos que actuaran como nexos y, fundamentalmente, como garantes de las negociaciones. En definitiva, la confianza entre las personas era la base de los acuerdos interétnicos. Solamente en aquellos espacios en donde las prácticas parlamentarias llegaron a consolidarse a través de prácticas periódicas, como en la Araucanía, pudo haberse llegado a superar, en parte, la dependencia de los vínculos personales (Lázaro Ávila, 1999).

El espacio pampeano patagónico

A comienzos del siglo XIX el espacio indígena que se extendía al sur del Virreinato del Río de la Plata tenía límites muy imprecisos. Es que en

² Tomamos la expresión de Halperín Donghi, 1972.

algunas jurisdicciones la línea fronteriza marcada por una serie de fuertes y fortines reflejaba bastante mal la separación entre uno y otro espacio, ya que la expansión espontánea de los pobladores había dejado algo atrás ese límite oficial. Por eso, el espacio indígena comenzaba a partir de los últimos asentamientos hispanocriollos en las distintas jurisdicciones virreinales y se extendía por el sur y el este hasta la costa atlántica. Hacia el oeste, la cordillera de los Andes no funcionó nunca como una barrera o límite infranqueable para las poblaciones nativas sino que, por el contrario, era cruzada asiduamente por habitantes de ambos lados, lo que ampliaba el territorio hasta la costa del Pacífico.

Todo este espacio estaba habitado por grupos que habían desarrollado distintas actividades económicas en función de la geografía y los recursos que los rodeaban, fuertemente impactados por la introducción de especies animales y vegetales europeas ocurrida hacía más de un siglo. El ganado equino y vacuno se había reproducido de manera muy veloz en las llanuras pampeanas originando rebaños salvajes que podían ser aprovechados tanto por los indígenas como por los pobladores españoles. El caballo fue el animal más y mejor utilizado por la totalidad de los grupos nativos, que con una asombrosa rapidez se convirtieron en hábiles jinetes. La posesión de caballos posibilitaba extender las expediciones de caza hacia territorios que difícilmente se hubieran podido alcanzar a pie o que hubieran requerido campañas mucho más extensas. Pero también produjo cambios notables en el arte de la guerra. Ya no se combatía a pie sino que comenzaron a organizarse cuerpos de caballería indígena que se desplazaban con una velocidad que asombraba a los mismos soldados españoles.

El aprovechamiento de estos recursos ganaderos no se limitó al este de la cordillera sino que también fue demandado por los pueblos del otro lado de los Andes. Así, caballos y vacas eran arreados desde largas distancias hasta su destino final en los mercados transcordilleranos. En este intercambio participaron la mayor parte de los grupos indígenas asentados en el espacio por donde transitaba el ganado.

Los pueblos de este extenso territorio fuera del control colonial intentaron ser categorizados por los funcionarios virreinales con nombres que difícilmente representaban una identidad étnica. Es que el constante pasaje de grupos desde el oeste de la cordillera hacia las pampas había derivado, desde fines del siglo XVIII, en el asentamiento permanente de los mismos y en la unión con grupos nativos. Este proceso, que se conoce como etnogénesis, dio lugar al surgimiento de nuevas agrupaciones. Hecha esta salvedad, veamos cuáles eran los distintos ambientes que componían el espacio indígena y los pueblos que lo habitaban.

Dejándō atrás las últimas poblaciones de la campaña bonaerense que habían traspasado el límite oficial de demarcación ubicado en el curso del Río Salado, se ingresaba en una amplia llanura tachonada de tanto en tanto por arroyos y lagunas que desbordaban en momentos de crecida produciendo fértiles campos de inundación. Hacia el sudoeste el relieve comenzaba a elevarse en algunas serranías que culminaban en los complejos de Tandilia y Ventania. El cambio del paisaje se acompañaba con la presencia de algunos montes espesos y tupidos. Este espacio era una zona privilegiada para el pastoreo de ganado que se reproducía libremente y era apropiado por distintos grupos indígenas.

En medio de estas ondulaciones se hallaban depresiones del terreno en donde se depositaba el agua de las lluvias y, debido a la composición del suelo, cristalizaba en sal. La más grande de ellas, llamada Salinas Grandes y ubicada al este de la actual provincia de La Pampa, era un reservorio de sal que era aprovechado por distintos grupos indígenas y también por los vecinos de Buenos Aires que anualmente enviaban tropas de carretas para, luego de negociaciones con los indígenas, aprovisionarse del elemento. Los grupos que habitaban esta zona eran llamados por los funcionarios españoles como "pampas", término que hacía referencia de manera clara al espacio que ocupaban. Hacia fines de la colonia, el cacique Lorenzo Calpisqui, se había erigido en el principal interlocutor de los funcionarios al punto de que el virrey le había otorgado el cargo de "cacique principal de todas las pampas" en un intento por unificar distintos grupos bajo su tutela.

Luego de este ecosistema y siguiendo la dirección oeste, se entraba en una región de montes al sur de las actuales provincias de San Luis y Córdoba. La región era nombrada por los indígenas como Mamil Mapu, que significaba "país del monte" en mapudungun, una suerte de lengua franca en todo el espacio indígena que había sido impuesta por las poblaciones del oeste de la cordillera. En este área predominaban los algarrobos, caldenes, chañares y espinillos. El Mamil Mapu estaba delimitado, hacia el oeste, por el complejo Atuel-Salado-Chadileuvu y el río Colorado. En las zonas bajas había fértiles valles y una cantidad de pequeñas lagunas. Esta zona era lugar de asentamiento de los "ranqueles" —rankulche, gente de los carrizales o cañaverales en mapudungun—, nombre que, nuevamente, refería al lugar de asentamiento. El origen de los ranqueles se encuentra en la unión de pueblos nativos de la zona con nueva población procedente del oeste de la cordillera que, a fines del siglo XVIII, se asentó en el Mamil Mapu. Con el tiempo, esta población fue desplazándose hacia el norte hasta ubicarse al sur de las actuales provincias de Mendoza, Córdoba y Santa Fe. Estos grupos vivían del pastoreo de ganado caprino, ovino, bovino y yeguarizo. Practicaban además la recolección

y la caza y, hacia fines del siglo XVIII, habían desarrollado la horticultura de diversas especies como maíz, zapallo y sandías (Jiménez y Alioto, 2006).

Hacia el oeste y el sur de la zona de montes se pasaba a amplias áreas semidesérticas, las "travesías", caracterizadas por su aridez, suelos pedregosos y arenales. El escaso nivel de precipitaciones apenas permitía el surgimiento de una vegetación escasa y mucho menos el asentamiento estable de población.

Más allá de las travesías la geografía cambiaba sustancialmente, dando paso a los fértiles valles cordilleranos. A ambos lados de la cordillera crecían bosques de araucaria cuyo fruto, el pehuén o piñón, era un elemento esencial en la dieta de los grupos que vivían en la región. Con los piñones se hacía harina y pan, y también se usaban para preparar una bebida fermentada. Este fruto era consumido principalmente durante el invierno, cuando la caza no alcanzaba a cubrir las necesidades alimenticias del grupo. Los pehuenches, "gente del pehuén o piñón", habitaban esta zona a ambos lados de la cordillera, reflejando la fluida interrelación de la población indígena que atravesaba frecuentemente la cordillera a través de pasos y boquetes de baja altura en los meses de deshielo. Esta estratégica posición los convirtió asimismo en pastores del ganado que, luego de recorrer largas distancias, descansaba y engordaba en los valles antes de emprender el cruce cordillerano. Al este de los Andes, los pehuenches tenían dos núcleos poblacionales diferentes en Malargüe y Balbarco.

Al sur se encontraba la meseta patagónica. Esta región mostraba dos paisajes bien diferentes y contrastantes. La llanura patagónica se componía de terrenos secos y áridos que mostraban una suave pendiente hacia el Atlántico. En algunas partes las depresiones del terreno se cubrían de agua en las escasas épocas de lluvias y al cristalizarse por efecto de la aridez del suelo se formaban salinas. Pero desde los Andes descenden los ríos Negro y Colorado, que quiebran la sequedad del terreno. En ambos márgenes crecían valles muy fértiles circundados en el caso del río Negro por sauces de gran altura. Ambos ríos desbordaban en época de deshielos, y los terrenos adyacentes se inundaban para luego cubrirse de una vegetación indígena. La población nativa de esta región eran los tehuelches, grupos cazadores y recolectores ecuestres que obtenían el ganado principalmente de intercambios con otros pueblos del norte.

Al oeste de la cordillera se hallaban poblaciones sedentarias que practicaban la agricultura y el pastoreo, actividades que alternaban con la caza y recolección. A inicios de la conquista se los llamó aucas, término que en quechua significa "rebelde", porque estos grupos mostraron desde muy temprano una fuerte resistencia al dominio español. Con el tiempo se extendió el término auca a todo grupo rebelde. Pero el nombre más común para estos grupos fue el de araucanos, debido a la zona que habitaban, comprendida

... Río Bío y Tolten. Ésta recibió el nombre de Araucanía por la gran cantidad de araucarias que se encuentran en ella.

Las estrechas relaciones que existían entre estos grupos permiten considerar al espacio indígena soberano del sur del Virreinato como una gran región que se extendía desde el Pacífico hasta el Atlántico, comprendiendo el sur de la Araucanía, la cordillera, la pampa seca, la pampa húmeda y el norte patagónico. Dentro de este espacio existían múltiples redes sociales y económicas que vinculaban a las poblaciones indígenas pero, también, una serie de conflictos que, ocasionalmente, enfrentaban a estos grupos. Esta combinación de relaciones de alianzas y/o de conflictos se hace muy evidente en torno al intercambio de ganado vacuno y caballar, que era uno de los principales procesos que articulaban a los distintos segmentos nativos de este espacio. La comercialización del ganado generó funciones diferentes en una actividad a gran escala que requirió de la división de tareas y de la intensificación del intercambio pero, a la vez, creó intensos conflictos por la ocupación y control de espacios estratégicos. Estos intercambios no se limitaron al espacio indígena sino que también se prolongaban en los mercados hispanocriollos de Chile y del Río de la Plata.

A comienzos del siglo XVIII el ganado salvaje comenzó a agotarse en tanto aumentó la demanda de ganado por parte de los grupos indígenas ubicados al oeste de la cordillera. Este doble proceso de disminución del recurso ganadero e incremento de la demanda, derivó en una modificación en las formas de apropiación del mismo. Las expediciones de caza de ganado salvaje dieron paso a malones que tenían como objetivo el ganado de las estancias en las fronteras del Virreinato del Río de la Plata. Para que estos malones fueran exitosos generalmente se concertaban alianzas entre distintas agrupaciones. Estas uniones eran fugaces y se convocaban con el único objetivo de obtener ganado de los establecimientos fronterizos de manera que, producido el malón, los grupos se separaban. Para organizar estos ataques era necesario que todos los participantes delegaran el mando militar en una sola persona, en un cacique que se convertía en el jefe de la campaña.

Entre los pueblos indígenas de la región pampeano-patagónica los caciques carecían de un fuerte poder sobre sus indios. La elección de éstos era realizada dentro de la agrupación y dependía de la habilidad que los candidatos al cargo tuvieran como líderes. Esta habilidad se expresaba en la capacidad de mando para organizar importantes campañas de apropiación de ganado y en el conocimiento de las regiones adonde se dirigían tanto en lo que respecta a los recursos ganaderos como a las fuerzas militares que las defendían. Pero si estas campañas no eran exitosas, el cacique perdía la confianza y el apoyo de sus seguidores, que elegían a otro jefe en su lugar. Esta debilidad de la estructura política permitía que frecuentemente algunos

sectores o familias de un grupo, en desacuerdo con su cacique, decidieran abandonarlo e incorporarse a otro.

Hacia fines del período colonial la tensión entre la sociedad blanca y la indígena comenzó a retroceder dando lugar a relaciones más pacíficas. El motivo del cambio se encontraba en la política aplicada por la nueva dinastía borbónica, que buscaba disminuir el costo de la guerra en sus dominios coloniales. Para ello, había exhortado a sus funcionarios a que privilegiaran el establecimiento de tratados de paz teniendo como fundamento de las negociaciones la importancia del intercambio interétnico tanto para los indios como para la población hispanocriolla (Weber, 1999). La nueva política resultó relativamente efectiva y hacia fines del período colonial se registraron una serie de tratados de paz tanto en las fronteras del Virreinato del Río de la Plata como en la frontera de la Araucanía,³ que llevaron a que los malones fueran reemplazados por comitivas de comercio indígenas.

Estas nuevas condiciones de la relación modificaron asimismo las cualidades para ser un jefe exitoso, y surgió así lo que Nacuzzi denomina "caciques de nuevo cuño" (Nacuzzi, 1998). Ya no era esencial su capacidad guerrera sino, fundamentalmente, la habilidad diplomática para negociar las mejores condiciones de relación con los gobiernos hispanocriollos. Así, un buen jefe era aquel que lograba la apertura de las relaciones de comercio, la obtención de regalos por parte del gobierno —elemento característico de los encuentros diplomáticos interétnicos— y, en el mejor de los casos, protección y ayuda militar para defenderse de sus enemigos. Estas modificaciones en la estructura de poder se dieron de manera bastante generalizada en todo el espacio indígena. Pero así como el espacio indígena y su población distaban de ser homogéneos, de igual manera fue diferente la relación entablada entre los principales dirigentes indígenas y los distintos poderes coloniales. Veamos entonces de qué manera se logró en algunos de los espacios mencionados, una reversión de la conflictividad y el inicio de una etapa de relativa paz.

En cada uno de estos espacios, los principales líderes organizaron sus estrategias en función de dos aspectos. Por un lado, se tenía en cuenta la específica relación que se había establecido hasta entonces con los poderes hispanocriollos y las nuevas propuestas que éstos planteaban. Pero, por otro lado, jugaba fuertemente en las opciones políticas de los caciques, la dinámica interna del territorio indígena.

³ Si bien en este espacio los tratados datan de fines del siglo XVII, cuando se firmó el pacto de Quilín, es a partir de la política borbónica que se convierten en prácticas habituales y constantes.

La estabilización de las relaciones fronterizas en Araucanía

Luego de los importantes enfrentamientos que habían llevado al despoblamiento de fuertes y poblados españoles, hacia fines del siglo XVII, las relaciones interétnicas en la Araucanía empezaron a apaciguarse. La aplicación de la política borbónica tuvo en esta zona dos pilares. Por un lado, las misiones tanto jesuitas como franciscanas que trataron, con suerte dispar, de evangelizar a las poblaciones nativas. Por otro lado, los parlamentos que empezaron a desarrollarse de manera periódica, donde se negociaban los puntos básicos de la relación, consistentes en la regulación del comercio, la entrega de obsequios a los principales caciques y la ayuda mutua: auxilio militar por parte de los españoles y la entrega de desertores y renegados por parte de los indígenas (León Solís, 1992, 1993; Méndez Beltrán, 1982). La existencia de estos personajes en las tolderías no era un fenómeno nuevo y preocupaba sobremanera a las autoridades españolas, ya que aportaban al grupo indígena donde se refugiaban, una serie de saberes de gran interés como el conocimiento preciso del territorio poblado por los "blancos" y, subsidiariamente, el manejo de armas de fuego (Villar y Jiménez, 2006); de ahí que la devolución de estos personajes así como el pedido de que no fueran amparados, eran un punto central de los parlamentos y tratados no sólo en Chile sino en todo el dominio español.

La convocatoria regular a los parlamentos derivó en la consolidación de algunas jefaturas que demostraron su habilidad como intermediarios. Para el gobierno español también era importante contar con figuras estables y dispuestas al diálogo. Por ello se establecieron los cargos de caciques gobernadores —que vivían en la misma ciudad de Santiago— que eran representantes de los butalmapus, amplias jurisdicciones territoriales que, al sur del río Bío Bío, dividían el territorio indígena en franjas longitudinales entre la costa y la cordillera. Algunos investigadores consideran a los butalmapus como divisiones prehispánicas que se reunían en ocasiones especiales pero que, en el período tardo colonial, se convirtieron en las unidades fundamentales para la negociación con el gobierno español (Boccará, 1999). Existían, para entonces, cuatro butalmapus: el Lafquen Mapu (entre el océano y la cordillera de Nahuelbuta, cuyos integrantes eran conocidos como costinos); el Lelfun Mapu (entre la cordillera de Nahuelbuta y la precordillera, habitado por los llanistas); el Ine Pire Mapu (en la precordillera, país de los arribanos) y el Pire Mapu (en la cordillera, país de la nieve donde vivían los pehuenches). Al sur se hallaban grupos no incluidos en estas jurisdicciones denominados "huilliches", que significa gente del sur.

Esta cristalización de las relaciones fronterizas y de los cacicazgos derivó, al interior de la sociedad indígena, en un ciclo de conflictos inter-tribales promovidos

por una nueva generación de líderes que intentaron construir un poder personal en base a la fama, prestigio y riqueza que podían obtener de la estructura virreinal. Es que el cargo de cacique gobernador implicaba una serie de prerrogativas tales como sueldos, regalos, la posibilidad de que sus hijos fueran educados en el Real Colegio de San Carlos en Santiago y en el Colegio de Naturales fundado en 1697 en Chillán y, para su grupo, la posibilidad de insertarse en los circuitos mercantiles locales y regionales (Pinto Rodríguez, 2000).

Esta pretensión de los líderes negociadores constituía un quiebre del orden social tradicional por el cual el jefe debía ser constantemente ratificado por sus indios. Por tal motivo, durante las décadas de 1770 y 1780 se produjo una feroz lucha por el poder tribal que llevó, en ocasiones, al desplazamiento de algunos líderes hacia el este pampeano con el objetivo de construir allí un espacio de poder que no podían desarrollar en la Araucanía (León Solís, 1994; Boccara, 1999).

Las guerras pehuenches-huilliches

Desde la década de 1780, la región pehuenche y el Mamil Mapu fueron escenario de una serie de conflictos que enfrentaron, en un primer momento, a los pehuenches de Malargüe con líderes huilliches que se habían instalado en Mamil Mapu y, en un segundo momento, a los dos grupos pehuenches de Malargüe y Balbarco. Los motivos de estos conflictos se hallaban en el control de pasos cordilleranos de Villacura, Antuco y otros. El principal cacique malalquino, Ancán Amún, que había asolado las fronteras de Chile, Mendoza e incluso Buenos Aires, temeroso de que las autoridades chilenas y mendocinas se aliaran a sus enemigos para terminar con su poderío decidió parlamentar con las autoridades españolas. El parlamento derivó en un acuerdo por el cual Ancán Amún se declaraba vasallo del Rey, se comprometía a no atacar los asentamientos españoles, a impedir que huilliches y ranqueles utilizaran los pasos cordilleranos y a entregar los cautivos españoles así como negar asilo para los renegados. Todas estas obligaciones fueron compensadas con una ampliación de los mercados para los intercambios y con la ayuda militar para resolver el conflicto con los huilliches.

En el marco de estos auxilios y luego de varios enfrentamientos, Ancán Amún logró vencer a los huilliches en diciembre de 1788; pero esto no significó el fin de la hostilidad que a partir de ahora incorporó como contrincantes a los pehuenches de Balbarco, lo que generó una escalada de violencia que, además, fue fomentada por los españoles. Estos enfrentamientos derivaron en una notoria merma de población así como en una fuerte crisis económica tanto entre los pehuenches como entre los huilliches (Villar y Jiménez, 2002).

Durante los años 1779 y 1799 ejerció la comandancia de frontera de Mendoza José Francisco de Amigorena. El militar español desarrolló una política indígena combinando guerra y diplomacia que logró, en el contexto de conflictividad intraétnica descripto, establecer una serie de paces con los diferentes grupos indígenas que tenían contacto con la jurisdicción mendocina. Así, entre 1780 y 1783 se realizaron gestiones de paz con el grupo pehuenche de Malargüe y en 1787 con el grupo de Balbarco. Un punto central en estas negociaciones fue el compromiso de Amigorena de prestar auxilio militar a los grupos firmantes, para vencer a sus enemigos. A través de estas negociaciones se estableció un cordón defensivo en el espacio fronterizo al asentarse en la zona a grupos de indios amigos.

A partir de 1792 un grupo de caciques huilliches y ranqueles, estos últimos liderados por Carripilum, comenzaron tratativas de paz con los pehuenches. Según Roulet, se trataba en realidad de un intento de pacificación muy amplio que incluía también a grupos pampas por el que se buscaba "poner fin a la cruenta guerra que los desangraba desde hacía casi dos décadas" (Roulet, 2002). Pero este proyecto, que demoró varios años en concretarse, terminó siendo algo bien distinto. Amigorena planeó y consiguió capitalizar este intento de paz negociando que el mismo se realizara en territorio español, lo que implicaba incorporar a la Corona en las negociaciones. Del otro lado, el frente indígena se fue desarmando por muerte de algunos de los caciques promotores debido a una epidemia de viruela que devastó las tolderías indígenas en 1794 y por el surgimiento de nuevos conflictos como el que enfrentó a huilliches y ranqueles. En definitiva, el 6 de julio de 1799 se realizó un parlamento en el fuerte de San Carlos con el cacique principal de los ranqueles, Carripilum, a quien Amigorena, siguiendo la política borbónica de crear jefaturas generales, hizo reconocer como "cacique gobernador y principal caudillo de la nación ranquel". El jefe ranquel, que previamente había concertado paces con las autoridades fronterizas de Córdoba, se comprometió a informar sobre cualquier movimiento de partidas huilliches que pudieran hostilizar las fronteras (Levaggi, 2002). De esta manera se inició un período de paz signado por la intensificación de las relaciones de intercambio, el avance pactado de los establecimientos rurales sobre territorio indígena en donde los nativos se contrataban estacionalmente como peones y la aceptación de éstos de misioneros en sus tierras.

Esta nueva situación permitió a los españoles, luego de un parlamento efectuado en abril de 1805 con 23 caciques pehuenches, la fundación de un nuevo fuerte: San Rafael. El objetivo del adelantamiento era ocupar el espacio existente desde la confluencia de los ríos Diamante y Atuel hasta el boquete de la cordillera para hacer por allí un camino a la ciudad de Talca. En el tratado, los indígenas, "considerándose con derecho a los terrenos

que hacen la confluencia de dichos ríos, cedieron en la posesión de ellos para el establecimiento del mismo fuerte y población por las ventajas que resultaran de asegurarlas así de sus enemigos y fomentar su comercio con nosotros" a la vez que "Ratificaron su allanamiento a que abramos especialmente el camino a Talca facilitándoles así el comercio sin salir de sus tierras" (Levaggi, 2002).

Pampas y tehuelches al auxilio de los porteños

El 1 de agosto de 1806, un ejército inglés bajo el mando del general Beresford tomó la ciudad de Buenos Aires luego de los infructuosos intentos de las tropas españolas por impedirlo. Once días después, las milicias organizadas por Santiago de Liniers vencieron al general inglés y se logró la reconquista de la ciudad. Estos hechos tuvieron su impacto en la población indígena asentada al sur del Río Salado. En efecto, el 17 de agosto de 1806 los cabildantes recibieron en la sala capitular al "Indio Pampa Felipe con don Manuel Martín de la Calleja y expuso aquel por intérprete que venía a nombre de diez y seis Caciques de los Pampas y chequelchos a hacer presente que estaban prontos a franquear gente, cavallos y quantos auxilios dependiesen de su arbitrio para que este Ilustre Cabildo hechase mano de ellos contra los Colorados, cuio nombre dio a los Ingleses; ... que también franquearían gente para conducir a los Ingleses tierra adentro si se necesitaba". Los cabildantes agradecieron la propuesta de Felipe y en retribución lo obsequiaron con tres barriles de aguardiente y un tercio de yerba.

El 15 de septiembre de ese año volvió a hacerse presente el indio Felipe, esta vez como intérprete del cacique Catemilla "expresando el sentimiento que él y sus gentes havian tenido por la pérdida de la Ciudad y el contento por la reconquista de que daba la enhorabuena; ratificó la oferta de gente y caballos ... haviendose obligado el exponente con los demas Pampas a hacer lo propio en toda la costa del Sur hasta Patagones". La delegación fue nuevamente agradecida y convenientemente agasajada con yerba y aguardiente.

A pesar de la expulsión de los ingleses, los indígenas no abandonaron su oferta de ayuda y el 22 de diciembre de 1806 una delegación mucho más importante conformada por diez caciques volvió a hacerse presente en la sala capitular. Esta vez, el discurso transmitido por un intérprete precisó aún más la ayuda que ofrecían que constaba de "veinte mil de nuestros subditos, todos gente de guerra y cada qual con cinco cavallos ... tendremos mucha vigilancia rechazarlos por nuestras costas donde contamos con mayor numero de gente que el que os llevamos ofrecido". Y agregaban que no esperaban

compensación a esta ayuda más que "la buena acogida que dais a nuestros frutos, y permiso libre con que sacamos lo que necesitamos".⁴

Esta larga transcripción de las audiencias capitulares tiene la finalidad de señalar la estrecha relación que se había logrado entre algunos grupos nativos y los vecinos de Buenos Aires en el período tardo colonial. En esa relación el intercambio era un punto fundamental que explica el hecho de que los caciques pidieran como única compensación por su oferta de auxilio, una total libertad en el mismo.

La relación de amistad debía extenderse, para los indígenas, a la colaboración militar en caso de que alguna de las partes se encontrara en peligro. La ayuda ofrecida por los caciques no se limitó a la defensa de la ciudad de Buenos Aires sino, también, a una tarea de control y vigilancia sobre las costas patagónicas, lo que evidencia la precariedad del dominio español sobre ese territorio que, hipotéticamente, conformaba el Virreinato del Río de la Plata. A fines de la década de 1770 la Corona española intentó revertir esta situación enviando una expedición a las costas patagónicas con el objetivo de establecer cuatro fuertes en la zona de los cuales sólo subsistió el de Carmen de Patagones ubicado en la desembocadura del Río Negro, en gran parte por la ayuda que recibía de los grupos nativos de los alrededores. La propuesta indígena de controlar el lejano sur patagónico fue aceptada por los capitulares pero no sucedió lo mismo con la oferta de situar 20.000 indios de pelea en la ciudad y hacerse cargo de los prisioneros ingleses. Dos elementos deben haber decidido su rechazo. Por un lado, la presencia de un grupo tan numeroso de indios armados en las cercanías de la ciudad, que superaba la propia movilización hispanocriolla de 8000 personas, debía crear más temor que la posible ayuda que podían aportar. Por otro lado, la propuesta de "internar" a los prisioneros provocaba un temor similar de acrecentar el poderío militar indígena.

Pero aunque los capitulares rechazaron el auxilio que los caciques ofrecieron ante la amenaza de un ataque, éstos esperaban la ayuda del gobierno bonaerense si se encontraban en un peligro similar. La negativa de este último en brindarla cuando fue requerida poco después de estos hechos llevó a los primeros indicios del quiebre de la relación interétnica—situación que contrasta fuertemente con la descripta en la frontera mendocina donde el aporte militar español fue constante y decisivo para consolidar la alianza con los pehuenches—. El hecho de que esta desinteligencia sucediera una vez instalada la junta revolucionaria no debe producir la confusión de suponer que ambos hechos (la revolución porteña y el inicio de la ruptura de la relación) están indisolublemente unidos. En efecto, desde mediados del año

⁴ Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires, 1907-1934 (Tomo IV:II, 277, 303 y 362-364). Tall. Gráf. de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires.

En 1810 algunos caciques de la región de Salinas pidieron ayuda militar concreta a las autoridades de Buenos Aires para defenderse de la posible agresión de nuevos grupos indígenas transcordilleranos que pretendían obtener el control exclusivo de los recursos de la zona. Y éstas se negaron sistemáticamente a brindar la ayuda solicitada. El hecho de que el gobierno que rehusaba el auxilio fuera la Primera Junta de Gobierno y no el Virrey debía importar bien poco a los indígenas.

En junio de 1810 la Junta de Gobierno encomendó al coronel español Pedro Andrés García la dirección de una nueva expedición a las Salinas Grandes que, además de realizar el aprovisionamiento habitual de sal, tratara de indagar la situación existente en territorio indígena. En los parlamentos realizados, García encontró que los caciques parecían no estar al tanto de la nueva situación ya que hacían constante referencia al Rey y nombraban al gobierno español de Buenos Aires. ¿No existía realmente conocimiento sobre la nueva situación o había temas más inmediatos y urgentes que causaban mayor preocupación? Teniendo en cuenta la fluidez de la relación, el constante pasaje de individuos a uno y otro lado de la línea fronteriza que transportaban no sólo efectos de comercio sino también información, parece más razonable acordar con la segunda posibilidad. De hecho, según le relataron a García los caciques que tenían un largo período de asentamiento en la zona, había una situación de fuerte inquietud por el arribo de nuevos contingentes que pretendían arrogarse un control exclusivo de sus recursos. Para los antiguos pobladores, las Salinas eran de usufructo común, por lo cual cualquier persona, indios de ambos lados de la cordillera y aun españoles, podían ir a cargar sal de ella. La pretensión de los nuevos pobladores, entre los que se hallaba el cacique Carripilum, implicaba un abierto desafío y presagiaba fuertes conflictos. Las exitosas negociaciones de paz que el jefe ranquel había logrado con los gobiernos de Córdoba y de Mendoza (de donde había obtenido el reconocimiento como principal jefe de la agrupación) podrían haberlo motivado a tratar de ampliar su esfera de influencia y control sobre esa zona estratégica que, además de proveer de un importante recurso como la sal, era lugar de confluencia de varios caminos indígenas de intercambio.

El peligro de una confrontación llevó a que los grupos que mantenían hacía tiempo una relación pacífica con el gobierno intentaran afianzarla aún más ofreciendo a García que se establecieran destacamentos militares en las mismas Salinas. El primer argumento que le dieron al oficial español en apoyo de la propuesta era la de fomentar los intercambios que los unían de antaño. Sin embargo, bien pronto se hizo evidente un motivo más urgente: el establecimiento de un poblado aliado significaba contar con una protección militar ante cualquier intento de los "intrusos" por obtener el dominio exclusivo de la región.

Finalizada la expedición a Salinas, los caciques se presentaron en diversas oportunidades al Cabildo ofreciendo sus tierras y su ayuda para que se estableciera una guardia en ellas. Los representantes indígenas sólo pedían en contraprestación el auxilio del gobierno en caso de ser atacados por otros grupos que llegaban desde el norte y el oeste. Los ofrecimientos indígenas fueron agradecidos por las autoridades revolucionarias con entrega de obsequios pero no llegaron a concretarse. El pedido de asentamiento en las pampas, por el contrario, ni siquiera fue considerado.

La revolución entre los indios

Como se ha visto, el espacio indígena tenía distintos frentes de relación que mostraban características diferentes en su relación con los poderes hispanocriollos durante el período tardo colonial. Esta diferenciación, como veremos, fue mucho más marcada en la etapa revolucionaria. En aquellos espacios en donde la relación diplomática se había desarrollado más ampliamente provocando cierta inserción de algunos grupos indígenas en la estructura colonial —a través de la percepción de sueldos por parte de los caciques, de la incorporación de algunos grupos en circuitos de intercambio locales y regionales, etc.—, la guerra revolucionaria tuvo un impacto inmediato y directo; en estos casos, las opciones políticas de los líderes indígenas combinaron motivaciones internas del mundo indígena pero, también, el objetivo de sostener o restablecer las relaciones existentes en el período colonial. Muy diferente fue la reacción indígena en aquellos espacios en los que el contacto diplomático se había limitado al establecimiento de algunos puntos que regularan la relación, por ejemplo, el canje de cautivos y la entrega de prisioneros, el permiso de intercambio mutuo y/o vagas declaraciones de ayuda militar. En la medida en que los nuevos gobiernos ratificaran las medidas anteriores, el contacto interétnico podía mantenerse sin mayores cambios. En estos casos, las alianzas que intentaron establecer tanto patriotas como realistas con algunos grupos nativos debieron incluir otro tipo de condiciones, apelándose a relaciones personales de confianza ya existentes con los caciques y a la oferta de beneficios concretos por su participación en la lucha independentista.

En la Araucanía, la caída del gobierno español significó claramente desmoronamiento de una estructura que se había consolidado a través de los parlamentos que mantenían una alta periodicidad y en los que se verificaban los puntos centrales del “pacto colonial” (León Solís, 1992). Los indígenas fueron inmediatamente convocados por los partidarios de la corona con el argumento, muy razonable, de que la desaparición del

gobierno español significaría la pérdida de los privilegios que los caciques gobernadores y sus grupos habían alcanzado hasta el momento. Esta argumentación se veía confirmada por el discurso de los patriotas que planteaban la integración de los indígenas como ciudadanos en igualdad de condiciones. Esta medida era, para los patriotas, una forma de equiparar a indios y criollos dentro de lo que se esperaba fuera una nueva nación. Para algunos caciques, por el contrario, “el peso de los acuerdos logrados en los parlamentos..., la articulación de toda la región [de la Araucanía] con el resto de la economía colonial habían generado una serie de intereses que nadie quería arriesgar a causa de un proyecto de emancipación política que no se conocía bien”. Esta nueva situación dio lugar a que la gran mayoría de los grupos indígenas de la Araucanía se aliara a la causa realista (Pinto Rodríguez, 2000:48). Hubo excepciones a esta opción que tenían que ver con las relaciones personales que algunos caciques habían establecido previamente con importantes dirigentes patriotas en donde primaron los lazos de fidelidad particulares. Fue el caso del cacique Venancio Coñuepan unido por viejas lealtades a Ambrosio O'Higgins, padre de Bernardo, uno de los principales jefes patriotas. Venancio no sólo apoyó desde el inicio la causa revolucionaria sino que, tomando las expresiones de los patriotas chilenos, arengó a otros grupos a conformar con los chilenos “una casa y una gran familia o hermandad nacional” (Pinto Rodríguez, 2000).

Cruzando la cordillera, tanto al norte como al este del espacio indígena, la práctica de los parlamentos había sido mucho más esporádica (Lázaro Ávila, 1999), y los escasos tratados firmados a fines de la colonia sólo establecieron algunas normas para el intercambio —que fueron frecuentemente desbordadas por las prácticas— y de alianza militar —negadas, en ocasiones, por parte de algunos poderes coloniales—. En ambos lugares, inmediatamente después del movimiento revolucionario, los nuevos gobiernos intentaron sostener la relación con los grupos indígenas con bastante éxito y los escasos cambios de autoridades no afectaron el esquema de relaciones. Así, en 1812 se realizó un parlamento en el fuerte mendocino de San Carlos en el que se invitó a los pehuenches a participar en la insurrección contra los españoles, expresión que por el momento no parecía reflejarse a acciones concretas (Pelagatti, 2006), y hasta mediados de la década de 1810, en las fronteras de San Luis y de Córdoba se mantenía el arribo periódico de partidas indígenas con motivos comerciales y/o diplomáticos (Pastor, 1942 y Lobos, 1979).

Es precisamente a partir de entonces, mediados de la década de 1810, que empezaron a experimentarse algunas rupturas. En el norte, el principal inconveniente fue que, debido a las necesidades de la guerra revolucionaria, se produjo una disminución de los recursos para mantener la política de agasajos a las partidas indígenas que se acercaban a las villas fronterizas a intercambiar

sus productos o por cuestiones diplomáticas. En la frontera bonaerense, a esta dificultad se sumó otro problema que no tenía un anclaje directo con el proceso revolucionario. La decisión del gobierno de avanzar su territorio hacia el sur sin negociar con los grupos nativos la cesión de la tierra generó una fuerte oposición tanto entre los indígenas como entre los productores del sur. Hasta entonces, éstos habían traspasado la línea oficial de demarcación obteniendo la tierra mediante el pago de una compensación a los grupos que la habitaban. De manera que la negociación era parte fundamental para el asentamiento y la convivencia con los naturales. Una política tan diferente como la que se planteaba desde el gobierno podía crear serias dificultades para viejos y nuevos pobladores. Desoyendo estas voces en contra, durante el año 1815 se establecieron el presidio de Santa Elena, el destacamento miliciano San Martín y la Estancia de la Patria a inmediaciones de la laguna de Kaquel Huincul. El avance se completó con la del curato de Nuestra Señora de los Dolores y la Comandancia política de las Islas del Tordillo en 1817 y, al año siguiente del pueblo de Dolores. Estos avances provocaron el rechazo de grupos indígenas que vivían al sur del Salado, los que reaccionaron mediante ataques a los establecimientos fronterizos (Ratto, 2003).

Mientras sucedía esto en la frontera bonaerense, un hecho directamente relacionado con el proceso revolucionario complicó más el espacio indígena: el incremento de la llegada de refugiados a las tolдерías, tanto de presos realistas como de desertores de los cuerpos militares patriotas. La incorporación de estos personajes produjo algunos quiebres en las débiles lealtades políticas que caracterizaban al mundo indígena. Si bien es imposible tener una estimación cuantitativa sobre el impacto de estos nuevos pobladores, indudablemente implicó la necesidad de obtener mayores recursos en ganado para su alimentación y desplazamiento, los que empezaron a ser obtenidos de los establecimientos rurales. Además, en 1814, un hecho de armas vinculado a la guerra revolucionaria agregó nuevos condimentos a este escenario. De igual manera que a fines de la colonia, tuvo su lugar de origen en Chile y, desde allí, se expandió hacia el este.

La derrota de Rancagua y la migración de los patriotas chilenos

La victoria realista en Rancagua, en el año 1814, significó el fin del período conocido como Patria Vieja y obligó a gran cantidad de patriotas, entre ellos José Miguel Carrera, a huir a Mendoza, donde fueron acogidos por el gobernador de Cuyo, el General José de San Martín. Allí, algunos patriotas chilenos se sumaron a las fuerzas del Ejército Libertador de Los Andes.

El efecto de Rancagua en el mundo indígena fue doble. En primer lugar, el triunfo realista hizo temer que éstos avanzaran sobre el este a través de los pasos cordilleranos. Para hacer frente a la posibilidad de esta invasión, se realizó en 1814 un parlamento para reafirmar la paz con los pehuenches. A diferencia de lo sucedido dos años antes, las condiciones de este acuerdo introducían serios perjuicios a su economía ya que, además de alertar sobre movimientos en la cordillera, se les exigía la suspensión de las relaciones comerciales con Chile. De manera que, ahora, mantener la relación diplomática con las nuevas autoridades no significaba solamente una ratificación de compromisos ya existentes, como había sucedido hasta ese momento, sino que se agregaban nuevas exigencias que podían repercutir de manera negativa en las prácticas de intercambio de los pehuenches. Por ello, y a pesar de que los caciques aceptaron el tratado, en algunos toldos comenzaron a refugiarse espías del ejército realista (Pelagatti, 2006). La situación intentó controlarse en septiembre de 1816, cuando San Martín realizó un parlamento con los principales caciques pehuenches con la intención de obtener su permiso para atravesar los pasos cordilleranos que controlaban y llegar a Chile. Un elemento que puede haber incidido en la casi unánime aceptación de los caciques —únicamente tres jefes indígenas se negaron a concertar la alianza— fue que el acuerdo ofrecía a los pehuenches la función de proveer al ejército de “ganado, caballada y demás a sus alcances”, tarea que debía redituables interesantes ventajas económicas. Las negociaciones realizadas en el fuerte de San Carlos duraron quince días, durante los cuales los caciques fueron obsequiados, intercambiaron presentes y traficaron con los negociantes del lugar (Levaggi, 2002).

El temor al ingreso de realistas chilenos se veía confirmado por algunas noticias que llegaron hasta la frontera bonaerense. En mayo de 1816, en la localidad de Lobos, el vecino Matías Chaves y el intérprete de Calqueque, cacique de la zona de Sierra de la Ventana, acompañaron al indio Felipe Paraguay, enviado por el cacique a presentar información “de suma importancia” al comandante del fuerte. Felipe declaró “ser Indio natural de Chile de las Poblaciones Infieles de donde se vino a estas de Buenos Aires cinco años ha”. Dijo que su cacique lo enviaba para que diera aviso al Gobierno de que “una armada numerosa de Españoles y Chilotes” había pasado por la Mocha y estaba en la esquina del Sauce en el río Tunuyán para atacar Buenos Aires. Según Felipe, la información se la había dado a Calqueque el cacique Carripilum, quien estaba de acuerdo con los españoles y esperaba convencerlo de lo mismo. Pero Calqueque no aceptó unirse “en este negocio porque ha jurado amistad y leal correspondencia al sistema de Buenos Ayres y sus Provincias; que Carripilum le ha comunicado que este Ejército viene a vengar al Rey de España y a matar a los de Buenos Ayres y a los comandantes de

las guardias a cautivarlos".⁵ El ataque no se realizó, pero a fines de la década de 1810 la presencia de militares chilenos fue una constante en las pampas.

Hubo, también, un segundo efecto de Rancagua. Los refugiados chilenos se hallaban divididos en dos bandos irreconciliables, los partidarios de Carrera y los de O'Higgins. Cuando la mayor parte de ellos se unió al ejército de los Andes, José Miguel Carrera no fue de la partida. El oficial chileno no aceptaba subordinarse a San Martín, y presentó ante el Director Juan Martín de Pueyrredón su propio proyecto para expedicionar con sus fuerzas sobre Chile. Pueyrredón sometió el mismo a consideración de San Martín, quien, de manera previsible, se expresó en contra de cualquier proyecto que significara la dispersión de fuerzas (Pérez, 1954). Enemistado con ambos, Carrera concibió la idea de unirse a los caudillos del Litoral, Estanislao López y Francisco Ramírez, contrarios a la política directorial. Para ello debía atravesar un extenso territorio indígena y obtener recursos para sostener a su gente. Uno y otro serían posibles en la medida en que lograra establecer alianzas con algunos grupos nativos. El jefe "chileno" Pablo Levnopán, que había arribado recientemente a las pampas y logrado un acercamiento con caciques ranqueles, se convirtió en su principal interlocutor en tierras indígenas. De manera que, a pocos años de iniciado el proceso revolucionario, los grupos nativos del noreste del territorio indígena siguieron siendo requeridos pero, esta vez, por dos facciones de los patriotas enfrentadas por proyectos distintos de organización política del ex Virreinato.

Todos estos elementos, indios transcordilleranos, las fuerzas de Carrera y los desertores cuyo número se incrementaba constantemente de la mano de una mayor presión enroladora, actuaron como presión sobre las agrupaciones de la pampa, y se creó así una nueva red de alianzas y conflictos por la ocupación de espacios estratégicos y por la apropiación de recursos. En la segunda mitad de la década de 1810 el epicentro de estos sucesos se situó en el noreste del espacio indígena en momentos en que el gobierno directorial concentraba sus esfuerzos por sofocar la disidencia oriental que se estaba extendiendo por el Litoral (Fradkin y Ratto, 2007). En este contexto, los jefes indígenas se encontraban ante una diversidad de actores que les ofrecían posibilidades muy variadas de realizar alianzas.

Uno de estos actores fue el gobierno bonaerense, que intentó captar a los jefes ranqueles impulsando un parlamento en noviembre de 1819, en el que Carripilum actuó como comisionado para hablar en nombre del resto de los caciques. Las negociaciones se centraron básicamente en lograr que éstos no ampararan "españoles, ladrones y bandoleros en sus tolderías aunque sus amigos los indios chilenos se lo pidan". En el parlamento se hizo evidente la

⁵ Archivo General de la Nación, en adelante AGN, Sala X, legajo 9-3-2.

división de los caciques ranqueles entre algunos que habían realizado acuerdos con el cacique Pablo y con Carrera y otros que, apartados de esta alianza, aceptaron la propuesta intentando acercarse más al gobierno.

La positiva respuesta de los caciques hizo creer al comisionado bonaerense, Feliciano Chiclana, que la alianza era un hecho. Sin embargo, la relación no era tan directa. Si el gobierno no ofrecía en reciprocidad por este compromiso de los caciques algún claro beneficio para ellos, el acuerdo se apoyaba sobre bases muy débiles, y en la medida en que apareciera otro aliado que ofreciera mejores oportunidades, éste naufragaría. Y, de hecho, había otro posible aliado en las tolderías. En efecto, en el parlamento se encontraba “un tal Don Tomas Bernal” que hacía días que se encontraba en dichas tolderías con algunos hombres armados. Bernal tomó la palabra en el parlamento y solicitó a Chiclana que, en virtud del acuerdo logrado en cuanto a enfrentar a Carrera, gestionara ante el gobierno un auxilio militar para los caciques, a lo que el comisionado respondió que no estaba en sus atribuciones acceder a un pedido de esa naturaleza. El gobierno volvía a rechazar el pedido de ayuda militar indígena. Bernal representaba a otro actor que jugaba sus propias cartas: comandante del Rosario luego de la expulsión del ejército directorial dirigido por Díaz Velez y, posteriormente, aliado al gobierno bonaerense (Fradkin y Ratto, 2007), se había dirigido a unas tolderías ranqueles tratando de obtener ayuda militar. Según informes que pudo obtener el comisionado bonaerense, Bernal había logrado captar al cacique Carripilum y otros con promesas de guiarlos para la obtención de ganado en las localidades de Pergamino, Melincue y Rojas (Diario, 1946).

Si en el norte, indios chilenos, refugiados y el propio gobierno directorial competían por captar a los indígenas, en el sur bonaerense la situación no era muy distinta. A comienzos del año 1819, el delegado directorial en la campaña, Cornelio Saavedra, fue informado sobre la existencia de prisioneros fugados del presidio de Santa Elena y un grupo de desertores armados en las tolderías del sur de la provincia. El mismo lenguaraz, José Biedma, enviado por el gobierno para informarse sobre las intenciones de este grupo, fue imputado por dos testigos que lo vieron en las tolderías del cacique pampa Ancabil por “haber seducido a los indios con ideas quiméricas pa prepararse a recibir al general Español Sánchez y en este caso hacer incursiones a la Capital”.⁶

Esta noticia sobre el posible arribo de oficiales españoles fue reiterada pocos días después. En marzo de 1819, el comandante de Ranchos, Igarbaza, fue informado por un vecino que tenía contactos personales con los caciques fronterizos de que entre los indios ubicados por el arroyo Chapaleufú se hablaba de la inminente llegada de 4000 hombres procedentes de Lima que se encontraban en las tolderías del cacique Carripilum a diez días del camino de

⁶ AGN, X-11-2-5.

las Salinas, fuerza que se proponía atacar todas las guardias desde Chascomús a Rojas para arrear todos los ganados al otro lado del Salado.⁷ Ninguna de estas noticias fue confirmada por hechos concretos pero reflejaban el estado de inquietud que existía tanto en las tolдерías como en los espacios fronterizos.

Recapitulemos lo dicho hasta este momento. A fines de la década de 1810 se habían trasladado al espacio indígena pampeano dos conflictos muy diferentes que atravesaban al mundo hispanocriollo: la lucha entre realistas y patriotas y el enfrentamiento entre directoriales y antidiectoriales. ¿Cuáles fueron los motivos que decidieron a algunos grupos indígenas a intervenir como fuerzas auxiliares en los mismos? Si seguimos la trayectoria de alianzas del cacique Carripilum descriptas arriba resulta muy claro concluir que éstas no tuvieron relación directa con los proyectos políticos que defendían las facciones en pugna. Recordemos que, a mediados del año 1816, el cacique habría estado vinculado a "una armada numerosa de Españoles y Chilotes" con el fin de atacar los establecimientos rurales de Buenos Aires; tres años después, aceptaba la oferta de paz del delegado directorial Chiclana que incluía la entrega de "españoles, ladrones y bandoleros [existentes] en sus tolдерías", a la vez que algunos rumores lo relacionaban con una fuerza procedente de Lima que tenía la intención de apropiarse de recursos en la campaña bonaerense. Parece entonces que, para Carripilum, la alianza y/o conflicto con los españoles se definía por las ventajas o peligros que representaba dicho vínculo más que por el proyecto político que defendían. Los españoles podían convertirse en aliados en la medida en que brindaran la oportunidad de constituir una fuerza numerosa para obtener recursos en ganado y cautivos del territorio criollo. Pero si éstos representaban un riesgo, como sucedía con los refugiados existentes en las tolдерías ranqueles, en tanto estaban provocando rupturas y enfrentamientos en el interior del grupo, la alianza podía girar hacia los patriotas en la medida en que éstos ayudaran a resolverlos.

De hecho, el 1 de febrero de 1820 se produjo en los campos de Cepeda el enfrentamiento entre el ejército directorial y fuerzas de los caudillos del litoral en las que participaron milicias indígenas ranqueles. El triunfo de estos últimos llevó a la caída del Directorio pero no aquietó definitivamente el conflicto con las provincias del Litoral y en marzo la agitación política volvió a instalarse. En agosto de 1820 los enfrentamientos civiles se renovaron. Las fuerzas bonaerenses a cargo del gobernador Manuel Dorrego enfrentaron y expulsaron a Estanislao López y Carrera de Morón, San Nicolás y Pergamino sucesivamente. Luego de la derrota de Pavón, en el mes de septiembre, López y Carrera abandonaron la campaña bonaerense. Poco después, el enfrentamiento en el Gamonal invirtió la relación de fuerzas. El exitoso resultado

⁷ AGN, X, 11. 3.3.

llevó al gobernador de Santa Fe a cesar las hostilidades y pactar con Buenos Aires abandonando la alianza con Carrera. Por la paz firmada con Buenos Aires, López se había comprometido a desarmar al oficial chileno quien, falto de apoyos, debió internarse en territorio indígena.

Para entonces, los triunfos patriotas en Chacabuco y Maipú habían logrado la reconquista del territorio chileno. Este acontecimiento produjo una migración de refugiados realistas chilenos que emprendieron también su retirada hacia las pampas pero, además, la decisión de Carrera de comenzar un repliegue hacia la cordillera para volver a su tierra. Antes de abandonar la campaña bonaerense y con el objetivo de obtener recursos para el largo viaje llevó a cabo, conjuntamente con fuerzas indígenas del cacique Pablo y sus aliados, un ataque al pueblo de Salto. El malón se produjo en diciembre de 1820 y perduró por mucho tiempo en la memoria de los vecinos por las enormes pérdidas sufridas en ganado y personas cautivadas.

A inicios de 1821 la presencia de Carrera se dejó sentir por la frontera de San Luis. A pesar de los auxilios recibidos desde Mendoza y Córdoba, los puntanos no pudieron frenar el avance del oficial chileno que en marzo entró en la capital provincial para, poco después, regresar al Litoral donde se reunió a Ramírez con el objetivo de atacar Buenos Aires. Luego de este fugaz retorno a la campaña bonaerense, Carrera volvió a internarse hacia el oeste pero, luego de algunos enfrentamientos con fuerzas mendocinas, puntanas y cordobesas, fue capturado y ejecutado el 4 de septiembre de 1821 en la ciudad de Mendoza. Cuando el peligro de Carrera ya había quedado en el olvido, una nueva migración transcordillerana volvió a complicar la situación en el territorio indígena.

La "Guerra a Muerte" en las pampas

Luego de los triunfos patriotas de Chacabuco y Maipú en 1818, se logró el control del territorio chileno hasta el río Bío Bío pero no significó el fin de la guerra. A partir de entonces se desarrolló lo que en la historiografía liberal chilena se conoce como la "Guerra a Muerte", un conflicto que se extendió por 15 años y se caracterizó por la violencia de los enfrentamientos entre realistas y patriotas que apelaron a todo tipo de táctica militar para lograr la victoria. La resistencia realista se concentró al sur del territorio, en la Araucanía, e involucró a gran parte de las agrupaciones indígenas. La composición de estas fuerzas era extremadamente heterogénea, ya que incluía hacendados cuyas tierras habían sido confiscadas, campesinos agobiados por las condiciones de vida, militares, curas desplazados,⁸ exiliados políticos, caciques y capitanejos.

⁸ Bernardo O'Higgins decidió clausurar el Colegio de Chillán provocando la oposición creciente de los franciscanos que se incorporaron al movimiento contrarrevolucionario.

La constante presión patriota sobre estas fuerzas rebeldes llevó a que desde inicios de la década de 1820 algunos grupos mixtos de españoles e indígenas cruzaran la cordillera estableciéndose en las amplias planicies que se abrían al este. Sin embargo, los objetivos de estos aliados no eran los mismos. Los realistas trataban de mantener la oposición hacia el régimen patriota establecido en Santiago esperando recomponer fuerzas y, paralelamente, llevar sus acciones sobre provincias del ex virreinato del Río de la Plata para obtener los recursos que les permitirían mantener la resistencia. Para los grupos indígenas, esta alianza significaba contar con fuerzas militares españolas, mucho más efectivas que las suyas por el uso de armas de fuego, con las cuales podían lograr sus propios fines: apoderarse de zonas estratégicas de las llanuras del este.

Ya en diciembre de 1822 hay una referencia sobre la llegada de grupos vinculados a la resistencia realista en Chile. Miguel Miranda, oficial chileno, llegó al fuerte de Lujan presentándose como cautivo escapado de los indios. Allí le relató al comandante que hacía seis meses que el coronel Juan Manuel Pico, uno de los rebeldes realistas, lo había enviado junto con veintidós hombres más de su regimiento y en compañía del cacique Victoriano para comerciar con algunas tolderías del este de la cordillera. Terminados los tratos, el cacique se quedó con los veintidós soldados, motivo por el cual Miranda decidió escaparse.⁹ Agregaba a su declaración que Victoriano había cruzado la cordillera con cerca de 600 hombres, pero que la mayor parte había regresado a Chile de modo tal que se había quedado con sólo unos 30 hombres por la frontera de Mendoza, y que este cacique no tenía planes de ataque pero sí lo tenían otros jefes transcordilleranos que esperaban la reunión de unos doscientos indios para atacar Melincue y Rosario (Argentina, 1973, III: 488-489). Los informes de Miranda fueron correctos y el 12 de diciembre el ataque indígena se dejó sentir por la zona del arroyo Pavón y la guardia de Melincue.

La migración que indudablemente produjo mayor impacto en el espacio pampeano fue la que aunó las fuerzas de los hermanos realistas Pablo y José Antonio Pincheira. La banda de los Pincheira fue expresión de dos canales de descontento: uno político militar en contra del movimiento revolucionario y otro social que expresaba la rebeldía de sectores campesinos agobiados por la situación socioeconómica (Contador, 1998). Estas fuerzas comenzaron a pasar al este alrededor del año 1824 y, mediante acuerdos con caciques

⁹ El "cautiverio" de los oficiales chilenos incorporados a tolderías indígenas se repite en un informe dado por cuatro de estos militares que habían logrado escapar. En octubre de 1822 declararon en Rosario que "...ellos no siguen mas con los indios por que ya estan cansados de pasar trabajo y que echan dever que su oficial que se halla en los toldos jamas podra salir por que los indios no se lo ande permitir ha pesar que dicen que también deseaban venir par quedarse pero que los indios no le daban licencia", en Argentina, 1973, III: 486.

pehuenches, se asentaron en sus tierras donde formaron una aldea de cerca de 6.000 habitantes. Para abastecer a esta numerosa población fue necesario lanzar expediciones conjuntas de apropiación de recursos a un amplio arco que abarcaba las fronteras de Mendoza, San Luis, Córdoba y Buenos Aires. El ganado obtenido por esta vía tenía tres destinos: el consumo de la aldea, la entrega a los campesinos del sur de Chile en pago por el servicio de información que brindaban a la guerrilla y su utilización como bien de cambio que se negociaba con hacendados chilenos en pago de armas y artículos de consumo.

Pero los Pincheira no cruzaron solos la cordillera, sino que contaron con la alianza de indígenas de la región de Boroa y otros caciques cordilleranos, entre los que se encontraba Toriano. Estos grupos se insertaron en la política local tanto indígena como criolla, y se creó así una red de alianzas y conflictos que produjo un ciclo generalizado de violencia.

Veamos primero la situación en el norte. En el año 1825 un conflicto interno entre los pehuenches de Malargüe enfrentó al cacique gobernador Ñeicun, nombrado con ese cargo por las autoridades de Mendoza, y a un grupo opositor a su liderazgo. Ñeicun fue asesinado y Antical, uno de los jefes vencedores, recibió la vara de cacique gobernador. Para vengar la muerte de Ñeicun, sus familiares recurrieron al auxilio de los caciques transcordilleranos, los que aportaron también 200 soldados del oficial pincheirino Julián Hermosilla. El ataque sobre Malargüe fue exitoso y los indios vencidos debieron pedir la protección del gobierno de Mendoza (Pastor, 1942).

Para la misma fecha, las autoridades fronterizas de San Luis recibían informes sobre movimientos armados en el interior del mundo indígena. Los caciques ranqueles avisaban en 1824 que se estaba organizando una fuerza conjunta con indios de las pampas para ir a invadir la campaña de Buenos Aires, robar el ganado y "hacer guerra abierta a aquella provincia con la cual se habían disgustado fuertemente porque las guarniciones que tenía Buenos Aires en la frontera habían emprendido una campaña contra los mismos" (Pastor, 363), en alusión a las expediciones del gobernador Martín Rodríguez que habían llevado a la fundación del Fuerte Independencia. Pero la agresividad no se limitó a fronteras lejanas, ya que el cacique ranquel Pallastrus, a modo de presión por la suspensión de los regalos inherentes a las relaciones diplomáticas, amenazó la zona de Sampacho invadiendo después San Lorenzo, el Morro y Portezuelo. Estas invasiones lograron su objetivo, ya que se firmó la paz con la reiniciación de la entrega de raciones en ganado y bienes de consumo. Esto alivió la presión sobre la frontera puntana y los indios dirigieron sus incursiones a las estancias de Santa Fe y de Buenos Aires.

En el este, entre los años 1823 y 1825, la conflictividad alcanzó un nivel sin precedentes a lo largo de las fronteras bonaerense y santafesina que ni siquiera

una reorganización de las fuerzas militares pudo hacer frente. Para tratar de aquietar esta agresividad, se firmó en diciembre de 1825 un tratado de paz en la laguna del Guanaco con 39 caciques y representantes de los gobiernos de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, en el que se intentó comprometer a los indígenas a no invadir ninguna de las provincias firmantes y se les otorgaba permiso para practicar sus negocios de intercambio en todas ellas (Levaggi, 2002).¹⁰ El listado de los caciques firmantes mostraba claramente los cambios que se habían producido en los liderazgos indígenas. En el año 1820 había fallecido el cacique ranquel Carripilum quien, como se ha visto, parecía haber establecido un cacicazgo de cierta amplitud geográfica y temporal desde fines del período colonial hasta su muerte. A partir de ese momento y hasta la llegada de Yanquetruz y Paine en 1828, lo que puede observarse es una diversidad de jefes ranqueles cuya autoridad tenía un alcance más regional. Es más, el cacique Pallastrus, principal referente de las autoridades de San Luis, como se ha visto, no sólo no participó en las negociaciones sino que se pretendió exigir que fuera entregado a las autoridades por sus reiterados ataques a la frontera. En el caso de los jefes "pampas", desde la desaparición de Lorenzo Calpisqui en 1796 no se volvió a registrar un líder de su envergadura ni firma de acuerdos que intentaran involucrar a todos los caciques del sur de la provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, el tratado de Guanaco así como los acuerdos firmados con las autoridades mendocinas y puntanas fueron efímeros, y a fines de la década de 1820 la conflictividad alcanzó niveles muy altos en todo el norte y este del espacio indígena al incrementarse los ataques a los establecimientos rurales en procura de recursos. Esta situación coincidía y se aprovechaba de la situación de desprotección existente en los espacios fronterizos debido a la utilización de los efectivos militares para hacer frente a la lucha entre federales y unitarios que se estaba desarrollando en ese momento, lucha que también extendió su red de alianzas hacia el espacio indígena.¹¹ Para entonces la alianza Pincheira-boroganos-ranqueles era indudablemente la red de aliados más importante de la región pampeana, y su participación en las incursiones en procura de ganado era inevitable (Villar y Jiménez, 2002).

1826 fue un año de extrema violencia malonera en la frontera bonaerense. En agosto, el partido de Salto fue asolado por una banda de 400 indios chilenos y 35 desertores del grupo de Pincheira que lograron arrear todas las haciendas

¹⁰ Paralelamente, el gobierno de Buenos Aires envió distintas comisiones negociadoras para tratar con los caciques del sur de la provincia. Ratto, 2003c.

¹¹ El caso más conocido es el de Manuel Baigorria, coronel unitario que buscó refugio entre los ranqueles escapando de la guerra civil que, a comienzos de la década de 1830, enfrentaba a unitarios y federales. Su estadía en las tolderías se prolongó por espacio de veintidós años durante los cuales estableció sólidas relaciones con los caciques ranqueles (Baigorria, 1975).

del partido. Al mes siguiente, los establecimientos de Dolores, Chascomús y Monsalvo fueron atacados por grupos mixtos de indígenas, desertores y realistas que habían escapado del presidio de Santa Elena; poco después, en la cerrillada de los Huesos, a inmediaciones de la laguna de Gómez, una fuerza de 1000 hombres entre los que se encontraban "un oficial, un trompa y 20 soldados con armas de fuego" permaneció durante toda la semana robando ganado en la zona sin que pudieran ser expulsados (Ratto, 2003c).

En Mendoza, a fines del año 1828 bandas indígenas acompañadas por soldados de Hermosilla y Pincheira cayeron sobre las estancias de San Carlos, Tunuyán y Tupungato y llegaron al año siguiente hasta la ciudad de Mendoza (Chaca, 1964:147). Las autoridades mendocinas se encontraban entre dos fuegos: detener los ataques en la frontera y responder al pedido de ayuda militar para enfrentar a la Liga del Interior. En ese contexto se firmó el Tratado del Carrizal por el cual se nombraba a José Antonio Pincheira Comandante General de la frontera sur y se garantizaba la entrega de efectos a modo de raciones. El tratado produjo un quiebre dentro del grupo, ya que Pablo Pincheira y Hermosilla no aceptaron quedar bajo la autoridad de Mendoza y, además, recibir del nuevo comandante la orden de no seguir atacando los establecimientos fronterizos (Manara y Varela, 2001).

En la frontera de San Luis, las paces firmadas también se quebraron pero por motivos bien diferentes. Una expedición autónoma de algunas fuerzas puntanas, aprovechando la ausencia de los indios de pelea en las tolderías, cayó sobre un asentamiento ranquel y se apoderó de cautivos y objetos de plata y oro. El éxito de esa incursión los llevó a intentar un nuevo ataque en diciembre de 1828 con una fuerza de 600 hombres, pero al llegar a la laguna del Chañar, los indios vengaron la afrenta anterior masacrando a los soldados puntanos y saqueando los departamentos de San Martín y Pringles. Poco después, las fuerzas de Pincheira se unieron a estas campañas que, en enero de 1829, cayeron sobre Punilla, Estanzuela y Las Pulgas. La conflictividad se mantuvo hasta 1832, año en que los indios asolaron las regiones de Las Pulgas, el Morro y Renca y obtuvieron un botín de cerca de 12.000 cabezas de ganado (Pastor, 1942: 365-368).

Pero como ya se adelantó, los Pincheira no tenían como únicos aliados indígenas a los ranqueles. Grupos boroganos habían emprendido también la migración hacia el este con un rumbo diferente: el suroeste bonaerense. A inicios de 1830 los boroganos intentaron ocupar las Salinas Grandes para controlar los circuitos de intercambio que cruzaban el territorio bonaerense. Para ello debieron enfrentarse con los ocupantes de la zona en dos encuentros que se produjeron a fines de ese año. Los grupos nativos, que tenían relaciones de alianza con el gobierno bonaerense, intentaron infructuosamente obtener auxilio militar del fuerte de Bahía Blanca, cuyo comandante se limitó

a garantizar la protección de aquellos que fueran a ampararse en la jurisdicción del establecimiento. Los encuentros diezmaron a la población original y los grupos sobrevivientes tomaron dos rumbos diferentes: incorporarse a sus agresores o reducirse en territorio bonaerense. La jugada del gobierno provincial en manos de Juan Manuel de Rosas fue tratar de romper la alianza entre los boroganos y los pincheirinos –representados en el campamento indígena por el capitán Zúñiga y otros oficiales chilenos– e incorporar a los primeros al “negocio pacífico”.¹² La táctica fue doblemente exitosa ya que, además de lograrse lo último, se consiguió la incorporación de algunos oficiales chilenos al ejército provincial, los que por su conocimiento de las prácticas indígenas, sirvieron más adelante como intermediarios del gobierno en las relaciones interétnicas (Fernández, 2000). A partir de 1832, entonces, la situación fronteriza en Buenos Aires entró en un período de relativa paz que se extendió por muchos años.

A partir de entonces, el accionar de los Pincheira se circunscribió al norte del espacio indígena pero también aquí, a inicios de la década de 1830, sus días estaban contados. El nombramiento de José Antonio como comandante de la frontera sur mendocina y, por ende, su compromiso de no seguir incursionando en ese espacio, había creado cierto malestar entre sus oficiales. A este conflicto interno se sumó la aparente participación de José Antonio en lo que se conoce como la matanza del Chacay, donde, en junio de 1830, fueron asesinados el gobernador mendocino Corvalán y su comitiva. Este hecho quebró la relación con Mendoza y al año siguiente, fuerzas indígenas y pincheirinas avanzaron sobre los fuertes de San Rafael y San Carlos para continuar luego hacia la misma capital provinciana (Argentina, 1973, III: 217; Chaca, 1964: 148-149).

Pero las autoridades chilenas no se habían desentendido de los Pincheira cuando éstos cruzaron la cordillera y habían llevado a cabo una política combinada de expediciones militares y oferta de indultos. Unas y otras comenzaron a resultar efectivas a inicios de la década de 1830. Es que, luego de años de resistencia, el grupo reflejaba señales muy claras de agotamiento, ya que si bien “habían logrado mantener su lucha hasta ser el último foco realista en la América del Sur independizada, esta condición no podía mantenerse en el tiempo y estaban, por lo tanto, condenados a desaparecer” (Contador, 1998: 183). En 1832 la campaña del general Bulnes llegó al campamento central

¹² El negocio pacífico de indios fue la política implementada por el gobernador Juan Manuel de Rosas en la provincia de Buenos Aires. Consistió, en sus inicios, en la alianza con algunos grupos indígenas en torno a dos elementos básicos: ayuda militar indígena para defender la frontera y entrega de raciones a las agrupaciones nativas. Este esquema inicial fue sufriendo algunas modificaciones en virtud de cambios tanto en la política criolla como en la dinámica del mundo indígena. Ver Ratto, 2003b.

de los Pincheira y puso fin al último foco rebelde en las pampas (Varela y Manara, 2001).

Conclusiones

A comienzos de la década de 1830 las relaciones interétnicas comenzaron a transitar hacia un mayor y más estable entendimiento con los nuevos gobiernos criollos. A la eliminación de los Pincheira se sumó una disminución de las migraciones transcordilleranas y con ello, un apaciguamiento del ciclo de violencia intra-étnico por el control de espacios territoriales. Estrechamente vinculado con lo anterior, el asentamiento de los boroganos en Salinas Grandes derivó en la consolidación del grupo que se convirtió en la agrupación más poderosa de las pampas hasta su desintegración en 1836. Pero además, otro acontecimiento originado en el "mundo blanco" marcó muy claramente el inicio de una nueva etapa de relativa paz: la expedición militar sobre territorio indígena realizada entre 1833 y 1834. La misma fue convocada y organizada de manera conjunta por las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Mendoza y San Luis, y si bien no se logró el objetivo de avanzar sobre el territorio indígena, la expedición resultó una demostración de fuerza que, además de disminuir sustancialmente el poder de algunos grupos ranqueles, sirvió como factor de disuasión para ataques de envergadura sobre establecimientos fronterizos.

De manera que en los más de 20 años transcurridos desde el inicio del proceso revolucionario, el espacio indígena pampeano fue atravesado por conflictos muy diversos, no todos vinculados a la lucha independentista. Sin embargo, limitar el análisis solamente a ellos nos hubiera llevado a realizar un corte bastante arbitrario de la dinámica propia del mundo indígena. Es por ello que consideramos que la guerra revolucionaria y los enfrentamientos civiles que se sucedieron deben entenderse, desde la perspectiva indígena, como un período continuado en el que diversas facciones hispanocriollas buscaron el apoyo indígena apelando a diversas estrategias de captación. En ese sentido coincidimos con Mandrini en que "hablar de período colonial, etapa virreinal, de período republicano o de época independiente ... tiene poco sentido y no nos dice nada acerca de los procesos, los cambios, las continuidades y las rupturas que se operaron en ese mundo indígena" (Mandrini, 2002).

En efecto, el proceso revolucionario tuvo un impacto muy diferenciado entre los grupos indígenas ubicados en el extremo sur de los dominios españoles. Al oeste de la cordillera, la gran mayoría de éstos se plegaron a la resistencia realista en tanto la causa patriota hacía prever el fin de los privilegios políticos y económicos que habían obtenido a fines de la colonia.

Por el contrario, las agrupaciones indígenas del este, al no hallarse insertas de manera tan marcada en la estructura colonial, se mantuvieron bastante al margen de los cambios producidos. Sin embargo, esa neutralidad no se mantuvo por mucho tiempo. La presión ejercida desde las distintas facciones hispanocriollas y los propios conflictos/alianzas del mundo indígena, llevaron a los líderes nativos a participar, desde mediados de la década de 1810, en los enfrentamientos que se desplegaron a lo largo de las fronteras y en el interior del espacio pampeano.

Los motivos que llevaron a este cambio deben vincularse a la aparición de nuevos actores en el territorio indígena que tenían proyectos muy dispares: indios transcordilleranos que buscaban establecerse en zonas estratégicas de las llanuras del este, patriotas y realistas desplazados en el marco de la guerra revolucionaria que esperaban obtener los recursos necesarios para sostener la resistencia y desertores y refugiados que escapaban de las exigencias militares y de la presión policial. Todo esto formaba un conjunto heterogéneo de personajes que se integraron a las redes de alianzas y conflictos ya existentes o generaron nuevos enfrentamientos. Como consecuencia de este convulsionado escenario, la relación de los caciques con los gobiernos criollos también se modificó. Los jefes étnicos aprovecharon al máximo la diversidad de opciones que se les presentaba para tejer alianzas o dirimir conflictos ancestrales.

Pero, volvemos a resaltar que su participación en los conflictos "blancos" se basaba, en primera instancia, en los lazos personales que unían a los caciques con determinados personajes del mundo hispanocriollo. Las alianzas no se hacían en apoyo a tendencias políticas que no tenían demasiado significado para los líderes indígenas de la región pampeana; las diferentes posiciones entre realistas/patriotas, directoriales/antidirectoriales o federales/unitarios no tenían incidencia directa en las opciones políticas de los caciques sino que éstas se definían por las relaciones personales que existían con algunos personajes hispanocriollos que, a su vez, ofrecían a los caciques beneficios por la alianza: ayuda militar para defenderse de sus enemigos, fuerzas auxiliares para encarar expediciones de apropiación de ganado, etc. Por tal motivo, su incorporación a uno de los bandos en pugna no significó el compromiso con una posición política determinada sino el auxilio como fuerzas militares que operaban según sus propios objetivos.

Fuentes editas

- ABASCAL Y SOUSA, José Fernando (1944) *Memoria de Gobierno del Virrey Abascal: 1806-1816*. Edición preparada por Vicente Rodríguez Casado y José Antonio Calderón Quijano, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires* (1927), Buenos Aires, Archivo General de la Nación, serie IV, tomos IV al VIII.
- "Actas capitulares desde el 21 al 25 de mayo de 1810" (1969), en Pedro de Angelis, *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Tomo Tercero, Buenos Aires, Plus Ultra, pp. 480-585.
- AGRELO, Pedro José (1960), "Autobiografía", en Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo. Colección de Obras y Documentos para la Historia Argentina*, Tomo II: *Autobiografías*, Buenos Aires, pp.1293-1323
- ALVAREZ THOMAS, José (1960), "Memorándum para mi familia", *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, T. II, vol. 2, pp. 1717-1759.
- ANAYA, Carlos (1954), *Apuntaciones históricas sobre la Revolución Oriental (1811-1851)*, Montevideo, Imprenta Nacional.
- ANÓNIMO (1960), "Carta sin firma a José Ignacio Gorostiza (Gorostiaga) y José Antonio Chavarría (Chavarría)", *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, T. V, pp. 4287-4290.
- ANÓNIMO [2] (1960), "Diario de los acontecimientos", *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, T. IV, pp. 3233-3239.
- ARCHIVO ARTIGAS, Comisión Nacional Archivo Artigas, Montevideo: Tomo VII (1966), Tomo X (1969), Tomo XI (1974), Tomo XXIII (1990), Tomo XXIV (1991), Tomo XXVI (1992), Tomo XXVII (1993), Tomo XXIX (1997), Tomo XXXI (1998), Tomo XXXII y XXXIII (2000) y Tomo XXXIV (2003).
- BAIGORRIA, Manuel (1975), *Memorias*. Buenos Aires, Solar/Hachette.
- BERUTTI, Juan Manuel (1960 y 2001), *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé
- Cancionero popular de la Revista de Derecho, Historia y Letras* (1905), compilado y reimpresso por Estanislao Zevallos, tomo I, Buenos Aires, Jacobo Peuser.
- CASTELLI, Juan José (1992), "Declaración de Juan José Castelli sobre la liberación de los indios, Tiahuanaco, 25 de mayo de 1811", en Goldman, N. *Historia y Lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, CEAL. pp. 128-129.